

Acerca de la muerte y glorificación de María **"La Madre del Señor"; Romano Guardini (Lumen; pág.47-52)**

Por fin habría que hablar de la muerte de María y de su glorificación.

Pero habría que aclarar antes la cuestión de qué dice la Revelación sobre la muerte del hombre en general; y es una doctrina que para la conciencia moderna suena muy rara y aun fantástica.

En cualquier sentido, parecen formarse curiosas relaciones con esa doctrina —y también con el saber primitivo de la Humanidad— por parte del modo actual de considerar al hombre. El planteamiento de conjunto que se hace patente por la Revelación, especialmente por el Génesis y las Epístolas de San Pablo, es el siguiente, a grandes rasgos:

A los primeros hombres les estaba otorgado no tener que morir, por su pura relación con Dios. Ciertamente, sí terminarían su vida, pero con un tránsito a la Eternidad de que no tenemos idea.

Pero se rebelaron; se rompió su relación con Dios, y quedaron sometidos a la muerte. Sometidos, de un modo que no se limita al morir biológico. Este hubiera significado simplemente su fin, si no se hubiera insertado otra cosa en seguida: la voluntad de Redención de Dios. Dios ha dado a la muerte, y a todo lo relacionado con ella, el carácter de expiación, tal como se ve en la muerte de Cristo, que por su esencia era totalmente puro, y, por tanto, libre. Y entonces aparece en Cristo la meta de la nueva situación redimida: la Resurrección y una vida eterna en Dios, que será no sólo una vida del alma, sino del hombre.

En este contexto se ha de entender la situación de la vida de María, y el entenderla, naturalmente, no será una teoría racionalista, sino una explicación de su sentido en la fe; pero la fe conoce verdad, y más esencialmente que el experimento y la teoría. María, personalmente sin culpa, murió con la muerte de la pura expiación, asumida por gracia en la muerte redentora de su Hijo.

Y, como expresa el dogma proclamado en 1952, fue también asumida por gracia en la Ascensión de su Hijo. Aquí hay que notar algo fundamental.

Hay que extrañarse, realmente, de que este dogma no haya producido ningún movimiento profundo. El hecho de que esto no haya ocurrido, es un signo de la indiferencia tan dominante, aun en el propio ámbito cristiano, respecto a la Revelación y a los acontecimientos que provienen de ésta. Dejando aparte a los que por su actitud naturalística no tienen en absoluto sentido para la Revelación, y prescindiendo también de aquéllos que, por su obvia eclesialidad, sólo han visto en este dogma la solemne expresión de algo que ya les era familiar por la liturgia, el Rosario y el arte cristiano, se puede decir muy bien: este dogma debiera en realidad haber sacudido tanto más profundamente al creyente, incluso intranquilizándole, cuanto más claramente viera lo que significaba.

En efecto, por su proclamación se han llevado a plena claridad unos hechos de la Revelación y de su manifestación, que estaban olvidados o borrosos. Pero ahí justamente parece residir la significación histórica de este dogma: en que esos hechos se hagan operantes en el pensamiento y en la actitud vital del cristiano.

Sobre todo: el hecho de que la Revelación está decisivamente confiada a la Iglesia: sólo a ella. Ella expone el contenido de la Revelación y sus profundidades aún escondidas. No existe una crítica a la Iglesia desde una instancia independiente al margen de ella —o sobre ella—. Decirlo así, no es ni presunción ni falta de independencia; tan pronto como se considera con los ojos abiertos el proceso de la Revelación, se ve que es así. La Sagrada Escritura no es semejante instancia, y tampoco lo es la conciencia creyente del individuo.

La Escritura sólo habla adecuadamente en boca de la Iglesia, pues es un elemento en ésta. Lo que ocurre con la Escritura en cuanto se separa de la Iglesia, lo muestra la historia de la exégesis. Por su parte, la conciencia individual de fe sólo ve correctamente

cuando está ordenada en la Iglesia. Una mirada a la historia de los cismas y las sectas muestra a dónde va a parar el juicio de fe cuando rehúsa tal inserción.

La conocida fórmula de que las fuentes de la fe son la Escritura y la Tradición, produce fácilmente la impresión, al ponerse frente a ella, de que “Tradición” significaría tanto como “Iglesia”, mientras que “Escritura” estaría al margen de ésta. En realidad, “Iglesia” es aquel conjunto de que son elementos tanto la Escritura como la Tradición; aquélla, la parte escrita de la predicación apostólica; ésta, la serie de los testimonios extra—bíblicos, en que se expresa la conciencia creyente del final de la época apostólica y de los tiempos sucesivos.

Esta Iglesia habla también en el nuevo dogma y dice qué hay que afirmar de esa personalidad que se llama María en la Escritura y que es Madre del Señor. No tendría sentido querer enjuiciar su proclamación a partir de una Escritura desprendida, leída en conciencia autónoma de fe.

Se objeta a este dogma que pone a María en cierto modo al lado de Cristo, haciendo peligrar la soberana condición redentora de Éste, y poniéndola a ella en un carácter de divinidad mítica.

Que al hablar de María muchas veces se echan demasiado de menos el sentido de la verdad y la cordura; que la retórica, la fantasía y el sentimentalismo en ocasiones dominan fatalmente las palabras, es cierto, por desgracia, y nadie puede sentirse más intranquilizado por ello que quien tenga en su corazón el auténtico sentido de la figura de María. La irresponsabilidad en la alabanza oscurece este sentido tanto o más que la negación o la enemistad.

Puesto esto por delante, hay que decir también, sin embargo, que de hecho, en la historia del pensamiento creyente y de la piedad se manifiesta la tendencia a ver a María cada vez más cerca de la obra de Cristo. Esa tendencia se hace visible en cuanto se habla expresamente de María y atraviesa, con continuidad no, desviada, a través de la Tradición entera. (Su eco negativo lo forma el modo como se calla sobre María en el lado extra—eclesiástico, o cómo se habla de ella con menosprecio.) Si así ocurre, el sentido de esa tendencia no se puede derivar de motivos psicológicos o mitológicos, sino que es predicación de la Iglesia.

Entonces ocurre sencillamente que María está, respecto a Cristo y su obra redentora, en una relación única, llena de sentido, y nos vemos requeridos a someter a un examen estricto las objeciones que se eleven en contra. En éstas influyen motivos de diversa índole. Por lo pronto, la oposición contra esa garrulería sin luces que tantas veces hallamos. Luego, la intranquilidad de que la figura y la obra de Cristo no tengan en el pensamiento y la sensibilidad del cristiano toda la importancia que les corresponde; que no estén vivas y poderosas, sino a menudo solamente esquemáticas y como sombras. Pero por otro lado, también es cierto que en esta objeción se expresa la resistencia del hombre naturalístico, para quien la doctrina de la Revelación siempre es “dura de escuchar”. De cada verdad que se precisa por primera vez, se dice siempre que va no sólo contra la razón, sino también contra el auténtico sentido de la Revelación y contra la gloria de Dios. Tal le ocurrió, ante todo y como modelo para siempre, a la predicación del mismo Jesús, y Él lo grabó apremiantemente en la conciencia de los suyos en sus sermones de despedida. Pero, en definitiva, la objeción de que hablamos también se dirige contra la Iglesia misma. En ella se expresa la voluntad del autonomismo moderno, de crear una relación con Cristo en que pueda afirmarse él mismo. Sobre esto habría mucho que decir.

Por lo que se refiere al contenido mismo de este dogma, parece tener un doble significado para la vida cristiana.

Ante todo, nos mete en la conciencia que la Revelación no se refiere “al espíritu” o “al alma”, sino al hombre. El hombre está redimido; la vida eterna de que habla Cristo, es vida del hombre; el Reino que Él establece, es Reino de Dios entre los hombres. Ciertamente, esto se manifiesta de modo fundamental mediante la Resurrección y Ascensión de Cristo, “sentado a la derecha del Padre”. Pero ¿se comprende también

plenamente? ¿No desaparece la naturaleza humana de Cristo en la lejanía de la “luz inaccesible” de Dios? ¿No lo espiritualiza el sentimiento, “disolviéndolo” así —del mismo modo como se sitúan el biologismo y el materialismo de nuestro tiempo— ante su realidad humana y divina? En nuestro sentimiento, la fe en el Señor resucitado, ¿habla de modo bastante inequívoco contra esta temible degradación de lo humano, que se realiza por todas partes y por obra de todos, aun de los más ruidosos proclamadores de los Derechos del Hombre?

María es persona humana como nosotros; ni una mera “alma”, ni una “diosa”. Por tanto, cuando se dice que fue asumida con toda su naturaleza humana en la gloria de Dios, esto habla enérgicamente sobre lo que es el cuerpo humano: esa misteriosa y cotidiana realidad, dirigida a la vez hacia la eternidad, y que algún día ha de quedar inserta en la vida de Dios. Pero también habla de quién es el Dios vivo en que creemos; Aquel que puede y quiere tales cosas, y, por tanto, un ser muy diverso del espíritu meramente absoluto de que hablan los filósofos espiritualistas, y al que niegan los materialistas.

A eso se añade otra cosa, estrechamente relacionada con lo dicho. Ya se habló de la doctrina cristiana de la muerte. La época moderna ha abandonado esta doctrina hace mucho tiempo. Pero así, aun cuando hable de la indestructibilidad del espíritu humano, ha perdido el punto de apoyo sobre la muerte, y cada vez queda más sometida a ésta. La naturaliza, como el final obvio del proceso biológico. La heroíza, como la expresión última de la tragedia de la existencia. La glorifica, como exaltación dionisiaca de la vida. Ve en ella, enigmáticamente incomprensible, la clave para la comprensión de la existencia. Pero a la vez la tecnifica; la convierte en resultado de perfeccionadísimos aparatos de matar, la maneja mediante un Estado, cuya mentalidad político-militar es más terrible en toda su frialdad que todas las crueldades antiguas. Pero el hombre moderno capitula ante todo esto. Lo asume en sí y pierde con eso su último honor humano.

Contra esto presenta su protesta el nuevo dogma. Dice: la muerte no es eso que ve en ella la mentalidad hoy dominante. Es a la vez fin y principio. Tiene parte en la muerte de Cristo. Es un misterio de la fe.